

EDUCAR A LOS MÁS PEQUEÑOS EN EL RESPETO A LA DIVERSIDAD

Suele ser a través del juego como los niños aprenden a relacionarse con su entorno y van adquiriendo una serie de habilidades que irán conformando su bagaje de experiencia y conocimientos para el futuro.

Cuando la imaginación proyecta el futuro

La capacidad de los niños para el juego es ilimitada; su imaginación y creatividad les permiten diseñar situaciones que sorprenden al adulto, incapaz de ponerse a su altura.

Un niño de 5 años jugaba con unas figuras de animales mientras su padre leía algo muy interesante que le mantenía absorto. El niño interrumpe su concentración: *“Papá, imagina que estamos en la selva y que nos ataca este león; ¿qué hacemos?”*. El padre, sorprendido y algo ausente, se escabulle: *“Pues... no sé, salimos corriendo a buscar un árbol”*. El niño contraataca: *“Pero es que no hay árboles cerca”*. *“Entonces... no sé... le disparamos con una escopeta”*. *“No tenemos escopeta”*. La situación se complica y el padre no sabe cómo salir del atolladero: *“Si vas a la selva, debes ir armado, de modo que le disparo y ya está”*. *“Ya te he dicho que no llevas escopeta”*. Acorralado y contrariado, el padre trata de cortar por lo sano: *“Eso es imposible, no puede pasar lo que tú dices”*. *“Bueno, vale, pero tú imagínate que nos ataca el león”*. Y entonces el niño, ante el agobio y la inoperancia de su progenitor, empieza a dar soluciones *mágicas*: *“Podemos correr como Correccaminos y el león no nos coge; o salimos volando como Superman; o le doy un puñetazo al león, como haría Hulk”*. La imaginación del niño ha dejado al padre fuera de combate. Así



las cosas, éste decide sumergirse de nuevo en su lectura, mientras el niño prosigue sus aventuras fantásticas.

Jugando al mundo real

A través de los materiales de juego, los niños van desarrollando su capacidad y dan rienda suelta a sus ilusiones y vivencias de una manera tan sencilla, como a la vez sorprendente. A partir de los 2-3 años, el juego del niño se hace más elaborado, y en él empieza a proyectar lo que va experimentando en el mundo real, mezclándolo y enriqueciéndolo con la sal y pimienta de su ingenio y su fantasía. La importancia de esta actividad lúdica es impresionante para el desarrollo del niño en sus primeros años. Y, además, gracias a ella, va a ir fomentando unas relaciones sociales con sus compañeros de juego (sus iguales) y con los adultos, obligados a ponerse a su altura para disfrutar con el, al tiempo que van orientando y guiando la tarea, enriqueciéndola.

Por ello, estos materiales, los juguetes, adquieren un valor considerable como medios o instrumentos para alcanzar los fines deseados. En poco tiempo hemos pasado de unos objetos bastante rudimentarios y primarios, a otros tan sofisticados que, en ocasiones, han acabado por convertirse en los auténticos protagonistas del juego, invirtiéndose así los términos iniciales de esta relación medio-fin. Sin embargo, al margen de los materiales en cuestión, siempre debe predominar la imaginación, la creatividad, la fantasía del niño, para poner las cosas en su sitio y conseguir los objetivos del juego en sí: la diversión y el aprendizaje.

Una perspectiva histórica

Los muñecos han sido siempre unos buenos compañeros de juego de los niños y de las niñas. Se supone que desde tiempos inmemoriales, los niños



han utilizado muñecas para sus juegos, imitando la realidad de los padres y sus hijos. La historia de las muñecas se remonta a épocas prehistóricas, cuando representaban objetos mágicos religiosos que, con el paso del tiempo, comenzaron a llamar la atención de los niños. Estas tradiciones nacieron en la civilización egipcia, y fueron adoptando distintas formas, distintos usos, variando el material con el que se fabricaban. Las más antiguas eran totalmente de madera, pero las más relacionadas con las actualmente conocidas, son las surgidas durante los siglos XIX y XX. Concretamente en 1.840 surgió la idea de fabricar muñecas con cara de porcelana, cuya figura representaba mujeres que, vestidas con distintas prendas, fueran mostradas a las damas de la burguesía como modelos de líneas de moda. La evolución de estos objetos ha sido notable, no sólo en cuanto a su fin -en un principio, el coleccionismo-, sino también en cuanto a su elaboración.

Ni Barbies ni superhéroes: reflejando la realidad...

Tal vez seamos ahora testigos de un paso más en esa secuencia evolutiva. Hace unos pocos años, salieron al mercado muñecas de distintas razas y colores, para dar testimonio de una realidad con la que los niños debían familiarizarse. Pero las muñecas, generalmente, han reflejado un mundo ideal, de belleza, de fortaleza, de personajes famosos, con los que los niños debían identificarse y a los que podían sacar más partido con unos accesorios al uso. ¿Pero no es cierto que la cosa no se acaba ahí? ¿Que existe una diversidad que no siempre se proyecta al mundo infantil por miedo, por vergüenza, por interés, o simplemente por descuido?

No todas las niñas son como la *Barbie*; ni todos los niños tienen la fuerza o la velocidad de sus héroes de miniatura. En esto, la ficción no refleja la realidad. Los niños de nuestro tiempo están conviviendo desde muy pequeños



con unos compañeros que son algo diferentes, y ellos lo perciben mejor que nosotros: tienen unos rasgos distintos, son más lentos para aprender, les cuesta trabajo hablar... Lo curioso del asunto es que, en su convivencia en la Escuela Infantil o en el Colegio, juegan con ellos y les prestan su ayuda con toda naturalidad. El hecho de que ahora puedan disponer de una muñeca que representa a un niño o a una niña con síndrome de Down como la Baby Down les puede permitir profundizar en un mundo que ya conocen, y enriquecer sus secuencias lúdicas con un compañero diferente que requiere algunas atenciones complementarias.

El universo por descubrir

¿Qué puede hacer un niño o una niña con un muñeco que representa a un niño con síndrome de Down? En principio, lo mismo que con cualquier otra muñeca: bañarla, darle de comer, dormirla, vestirla, sacarla a pasear, hablar con ella, cambiarle los pañales, jugar con animales o con coches, juntarla con otros muñecos en actividades de grupo, etc. Pero, además, puede aprender a prestarle una serie de cuidados en su beneficio: darle masajes por el cuerpo para que sus muscilitos se fortalezcan; hablarle despacio mirándole a la cara; colocarlo en distintas posiciones; llevarlo de paseo para que vea cosas nuevas de la casa y de la calle; presentarle amiguitos para que juegue con ellos; hacerle partícipe de sus incursiones por la selva; o luchar con dragones y otros bichejos que haya en el juguetero; o tal vez ser uno más de las aventuras fantásticas junto con Spiderman. Además de ser su papá o su mamá, el niño se puede convertir así en su primer educador y estará representando de esta forma un nuevo rol.

Y no sólo eso: el propio niño va a resultar favorecido de esta interacción, ya que sus andanzas con el Baby Down le permitirán aprender muchas cosas y su visión del mundo va a salir muy fortalecida de esta relación. Seguramente ya



tendrá en su arsenal algún muñeco al que le falta un brazo o una pierna; el niño es consciente de las limitaciones del personaje y le ayuda en sus escaramuzas. Pues ahora tiene un compañero o compañera con unas limitaciones psíquicas, y tiene una gran oportunidad para aprender a integrarlo en sus juegos de acuerdo con sus características, sin marginarlo: es decir, lo mismo que hace en la vida real.

Si a través de los juguetes el niño puede aprender a relacionarse con su mundo y a ir adquiriendo una serie de valores, este muñeco le va a enseñar que lo más importante en esta vida no es ser muy guapo, o muy fuerte, o muy veloz; que hay otras cosas, quizás denostadas pero siempre válidas, como el respeto a las diferencias. Y en sus juegos empezará a ser consciente de ellas, y a obrar en consecuencia. Por supuesto, que, como siempre, la orientación del adulto va a tener un valor fundamental a la hora de ir diseñando esquemas y de ampliar sus horizontes de aprendizaje. Lo que se vaya sembrando en estos primeros años tiene gran valor y trascendencia para el futuro. Y los padres pueden inculcar a sus hijos, de una forma natural a través de los juegos con el Baby Down, virtudes tan loables como el respeto a todos los seres humanos, la solidaridad, la tolerancia, la comprensión, la ayuda a los demás, etc.

Un espejo en el que mirarse

De otro lado, los posibles beneficios de estos muñecos no se reducen a los niños sin problemas de desarrollo. Los niños con síndrome de Down también juegan y son capaces de reflejar sus vivencias y las de otros en sus propias actividades lúdicas. El poder hacerlo con un muñeco que se le parece, puede aumentar su interés al verse identificado con su compañero; y es posible que sus secuencias sean más espontáneas, más genuinas, y más ricas, sin que ello suponga, por supuesto, ninguna limitación o merma en sus habilidades. Una vez más, la guía y asesoramiento de los familiares tendrá una



significación decisiva, explicando al niño o a la niña ciertos rasgos físicos, características conductuales y oportunidades para divertirse con su Baby Down.

En cualquier caso, el niño o la niña darán rienda suelta a su imaginación desbordante aplicando acciones que a nosotros se nos escapan. Porque el mundo mágico del niño, tenga o no síndrome de Down, es como un mar sin orillas. El Baby Down va a contribuir, sin duda, a enriquecer esta imaginación, al tiempo que permitirá el aprendizaje de una serie de valores y conductas trascendentales en la educación del niño.

***Isidoro Candel Gil es experto en Atención Temprana de DOWN ESPAÑA.**